

AGENDA CIUDADANA

LAS CLASES, SUS GUERRAS, VICTORIAS Y DERROTAS

Lorenzo Meyer

Sigue la Lucha que Algunos Decían Superada.- Más de uno quiso suponer, como el profesor Francis Fukuyama (El fin de la historia y el último hombre, 1992), que con la desaparición de la Unión Soviética, el triunfo global norteamericano y la aceptación de la primacía del mercado en la inmensa China, el clásico análisis de la lucha de clases como forma de entender la dinámica social, se había ido, junto con el resto de la sociología de Carlos Marx, “al cesto histórico de la basura”. Como explicación global de la historia, quizá el marxismo ya quedó definitivamente atrás, pero la importancia que esa teoría asignó a las clases sociales --dinámica, contradicciones y choques--, como forma de entender algunos de los grandes procesos sociales del pasado y del presente, sigue siendo indispensable. La estructura, contradicción y lucha de las clases, no explica toda la dinámica social, pero si se le deja fuera, simplemente no se le puede entender.

Tomemos, a guisa de ejemplo, un hecho relevante de estos días: el fracaso de la Constitución Europea. Hay varias maneras explicar el inesperado rechazo de franceses y holandeses a la propuesta de consolidar a la gran Europa de los 25 con una constitución supranacional que enmarcara la unidad política europea para que ese continente pudiera desplegar a plenitud su capacidad económica, política, militar y cultural. Pues bien, una forma de entender el “no” de las mayorías a este proyecto, y las dudas de muchos otros europeos, es examinar los intereses contradictorios de las clases y su expresión en las urnas.

En Francia, como en Alemania y en Italia, hay un rechazo creciente de los trabajadores, y de lo que allá constituyen las “masas populares”, a las políticas económicas propuestas por las élites dirigentes. Ya no es necesaria la insurrección ni menos la

revolución, el voto es suficiente para desfondar las políticas neoliberales de Jacques Chirac, Gerhard Schröder o Silvio Berlusconi. El desempleo, el temor a la mano de obra turca y a que las políticas del libre mercado y la globalización dismantelen los sistemas de seguridad de los países más ricos y hagan más difícil la vida del ciudadano ordinario, desembocó en esta rebelión electoral en el corazón de la Unión Europea (UE). Se trata, en buena medida, de una rebelión de las masas. Las élites de la UE sostienen que, a la larga, el neoliberalismo beneficiará a todos, pero una buena parte de los ciudadanos de sus países, simplemente no lo creen. Como clase, los asalariados consideran que sus intereses son incompatibles con los de las clases dirigentes. Por eso le han dado su voto a quienes desde la extrema izquierda pero también desde el populismo de la extrema derecha, vocean no proyectos alternativos sino el resentimiento de quienes se han visto afectados o temen a las políticas basadas en la primacía del mercado. Pero Europa no es la única región donde las contradicciones entre las clases están en el centro de la dinámica política, también podemos verlo, aunque de manera muy diferente en Estados Unidos, en China o en nuestro propio país.

Estados Unidos o el Reverso de la Medalla.- En Estados Unidos (E.U.), el análisis de clase da un resultado casi opuesto a lo que acontece en Europa. Ahí, pese a que aumenta la división de su estructura social, el voto mayoritario respalda justamente a una élite que sigue un proyecto que está construyendo una sociedad cada vez más desequilibrada. En efecto, las cifras dadas por la Oficina del Presupuesto del Congreso de E.U. nos dice que entre 1979 y 2001, el 1% de los estadounidenses más acomodados aumentaron su ingreso real en 139%, mientras la clase media lo hizo apenas en 17% y los pobres apenas en 9% (selección semanal de *The New York Times* en Reforma, 21 de mayo). Otro cálculo más dramático señala que el 0.1% de los contribuyentes norteamericanos obtuvo, en términos reales, dos y media veces más ingresos en 2002 que en 1980, el resto del 10% superior casi

no aumentó sus ingresos y el 90% de los norteamericanos los vio disminuir, (*The New York Times*, 5 de junio). Sin embargo, a diferencia de Europa, los perdedores --clases medias y populares— sostienen, con entusiasmo, al gobierno que está actuando en su contra.

En sus influyentes columnas de opinión, el economista del MIT y hoy profesor de la Universidad de Princeton, Paul Krugman --un nekeynesiano--, ha usado el concepto de guerra de clases para explicar la política impositiva y las propuestas de reforma de la seguridad social del presidente George W. Bush (véase, por ejemplo en *The New York Times* “La guerra médica de clases” del 16 de julio del 2004, “El presupuesto de guerra de clases de Bush”, “El desmantelamiento del sistema de seguridad social” del 11 de febrero y 1º de marzo de 2005 y “Perdiendo nuestro país” del 10 de junio de este año). Krugman sostiene que a partir de los 1980 la política impositiva norteamericana, en particular la de George W. Bush, está diseñada para operar abiertamente en favor de las clases más altas --los “hiper ricos”-- al destruir el tradicional carácter progresivo del sistema impositivo y, a la vez, mantener un déficit fiscal alto para, entre otras cosas, sostener la guerra en Irak y un espíritu de nacionalismo agresivo muy apreciado por el norteamericano medio en las urnas.

En Estados Unidos hay una contradicción obvia de intereses de clase, pero las clases que van perdiendo no quieren percatarse de ello, en buena medida por el enorme peso de la ideología del “sueño norteamericano”, que les hace suponer que sigue vigente una movilidad social que, en la realidad, ya no existe. En una encuesta de *The New York Times*, el 56% de la población considera que, en el futuro, sus hijos estarán económicamente mejor que ellos, pero el periódico, en su serie sobre las clases sociales, admite que las cifras dicen lo contrario (21 de mayo y 5 de junio). Tomando las cifras que provee en su página web el *U. S. Census Bureau* sobre el ingreso a los hogares de 1985 al 2003, se puede ver que si en el primero de los años citados el 20% de las familias más ricas recibían, en promedio, 11.4

veces más ingresos que el 20% de las familias más pobres, en el 2003 la proporción fue de 14.7 veces; esto significa que en el 2003 el 20% de las familias menos afortunadas recibió el 3.4% del ingreso disponible y el 20% más afortunado el 49.8%.

Desde el gobierno de Roosevelt hasta el de Carter, esa tendencia marchaba en el sentido de disminuir la desigualdad social pero en los últimos tiempos, y salvo el período presidido por Clinton, lo hace en la dirección contraria. Desde que empezó a medirse en 1959, la pobreza en Estados Unidos muestra una tendencia de largo plazo a la baja, pero a partir del 2000 cambió de dirección. La estructura de clase es, sin duda, un elemento explicativo en Estados Unidos, aunque en sentido opuesto al de Europa.

China o el Aumento de las Diferencias en el Socialismo.- China es hoy por hoy el país más poblado del planeta –1, 300 millones de habitantes-- y una potencia en ascenso que bien puede llegar a ser superpotencia en algún punto del siglo XXI. A partir del triunfo del Partido Comunista Chino (PCC) y de la nacionalización de la tierra y de los bienes de los capitalistas en 1950, ese país se convirtió en una de las sociedades más igualitarias del mundo, aunque siempre mantuvo una diferencia en ingreso y prestigio entre los cuadros del PCC y el resto de la población, básicamente campesina. Sin embargo, desde que se empezaron a introducir las reformas del mercado hace un cuarto de siglo, y desde que oficialmente se aceptó que “algunos se harían ricos más rápidamente que otros”, China experimenta una creciente desigualdad social. No hay cifras fácilmente disponibles al respecto y se discute incluso si lo que hay en ese país formalmente socialista pero enteramente inmerso en la economía de mercado, son clases sociales o algún otro tipo de categoría. Se puede discutir el punto desde una perspectiva teórica, pero la división social que hoy se ve en China se parece tanto a una estructura de clases como un copo de nieve a otro (son todos distintos, pero finalmente similares en lo básico).

Ya los estudiosos consideran que uno de los problemas a resolver en China son los efectos negativos del golfo creciente entre pobres y ricos. Hay ya una clase capitalista (¡que el PCC busca encuadrar dentro de sus filas!), los trabajadores han perdido ingreso y estatus, la diferenciación entre los campesinos va en aumento y ya alcanza niveles preocupantes, tan preocupantes como la corrupción que envuelve a todo el proceso (ver a Ravni Thakur, “Social Stratification in Contemporary China”, International Institute of Asian Studies Newsletter, N° 32, marzo 2005).

La economía China crece desde hace 25 años a un impresionante promedio de 9% anual, y aunque solo una quinta parte de sus habitantes vive dentro de lo que se puede llamar una sociedad de consumo, ellos más el mercado mundial, son suficientes para que el país tenga ya 15 empresas entre las 500 mayores del mundo registradas en Fortune, y se espera que en cinco años lleguen a 50. Nadie podrá entender a China sin tomar en cuenta su cambiante estructura de clases. Su “socialismo de mercado” o capitalista es realmente original, pero sin duda, la contradicción y el conflicto de clases será un elemento cada vez más visible e importante en la comprensión del país que China es y, sobre todo, el que será.

México.- Desde luego que a pocos, si es que alguno, se le ocurriría hacer un análisis social de México sin recurrir al concepto de clase. La naturaleza social de nuestro país no se entiende sin tomar en cuenta su división social. Los tres siglos de colonia y los dos de vida independiente, están profundamente marcados por una clara, dura y antagónica estructura de intereses de clases. Si a inicios del siglo XIX Alexander von Humbolt se asombró de la disparidad entre ricos y pobres novohispanos, pues lo mismo le ocurriría hoy de encontrarse entre nosotros.

Las cifras del INEGI nos dicen que en el 2002 el 44.1% de los hogares mexicanos se podían clasificar como pobres y el 15.8% como pobres extremos y los resultados de la

encuesta del 2004 descubre que la concentración del ingreso aumenta, pues si el 10% de las familias más afortunadas concentraban en el 2002 el 40.8% del ingreso disponible, el año pasado la proporción aumentó a 42.1%, todo mientras la economía se comportaba de manera más que mediocre, (El Universal, 11 de junio). Un reportaje aparecido hace unas semanas en un diario español, y cuyo propósito era examinar a pueblos casi sin habitantes de Galicia, nos permite echar una ojeada al mundo donde habitan los ganadores del especto clasista mexicano. Por esa vía nos enteramos que en las montañas de Ourense hay un pueblo semi vacío –Avión-- que sólo se puebla algunas semanas al año. Entre esos pobladores de temporada destaca una numerosa familia procedente de México –“indianos”- - que arriba a Vigo en avión privado, acompañada de cocineros y guardaespaldas, y vive en una mansión donde “hibernan” varios Mercedes, Ferraris, Porches y BMW, que cuenta con una cancha de tenis “digna de Roland Garros”, un jardín en pendiente con setos esculpidos por una empresa de jardinería y un salón donde el primer domingo de agosto llegan a almorzar hasta 300 personas (El País, 1º de junio).

Al paso que va, México requerirá de un par de siglos para que su nivel promedio de vida llegue al nivel de las actuales sociedades prósperas de Europa, pero hay una minoría de mexicanos, que hace tiempo superaron la prosperidad de los más prósperos de esa región. Y es en este campo donde el análisis clasista y sus consecuencias nos permiten entender el fenómeno. Sin echar mano de ese análisis clasista sería imposible entender plenamente la caída del régimen priísta a nivel federal en el 2000 pero tampoco su persistencia a nivel local ni sus posibilidades de recuperar el poder en el futuro inmediato. Sin ese enfoque, tampoco sería posible explicar lo duro del ataque contra Andrés Manuel López Obrador y su proyecto ni tampoco el éxito de éste en su defensa.

El siglo XXI se inicia como uno donde la democracia política se ofrece como el proyecto dominante, pero también como el espacio donde la democracia social enfrenta obstáculos no previstos tres o cuatro decenios atrás, cuando se daba por sentada la tendencia a la igualdad. La guerra, abierta o soterrada de las clases, sigue marcando la pauta de nuestro desarrollo.